

# ✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠ Si Scires Donum Dei...

*“¿Cómo puede alguien recibir a Nuestro Señor sin morir de felicidad?”*

—Beata Imelda Lambertini



## Tomar el cielo por asalto...

Una de las historias más encantadoras de la hagiografía dominicana es la de la pequeña Imelda, quien murió de amor el día que hizo su Primera Comunión y quien, felizmente, es la patrona de quienes comulgan por primera vez.

Cuenta la tradición que Imelda fue la hija del Conde Egano Lambertini de Bolonia. Su familia fue famosa por la cantidad de miembros que ingresaron a órdenes religiosas, entre ellos un predicador dominicano, una monja franciscana fundadora de un convento y una tía de Imelda, quien fundó un convento de clausura en Bolonia.

Imelda era una niña delicada, consentida y mimada por su familia. Pero también tenía un gran fervor religioso. Aprendió a leer del Salterio y a muy temprana edad se hizo devota de la Santa Misa, asistiendo a una iglesia de dominicos. Su madre le enseñó a coser y cocinar para los pobres y juntas asistían a misiones de caridad. Cuando Imelda cumplió nueve años, pidió ser admitida con las religiosas dominicas de Val di Pietra. Era la única niña de un matrimonio que no pudo tener más hijos. Fue un gran dolor dejarla partir. Sin embargo, sus padres la llevaron al convento y la entregaron a Dios con un corazón dispuesto, si bien traspasado de dolor.

El estado de Imelda en el convento es difícil de describir.

Ella vestía el hábito, seguía los ejercicios de la casa en tanto le era permitido y soñaba con el día en que sería suficientemente mayor para unirse a las religiosas en dos cosas que era lo que más les envidiaba: el Oficio de media noche y la recepción de la Sagrada Comunión. Su corta edad le impedía ambas. Aprendió el Oficio Divino de escuchar el canto de las hermanas y meditar lo mejor



que le era posible.

Era una vida solitaria para la pequeña de nueve años y como muchos otros niños solitarios, tenía compañeros de juego imaginarios—pero con una diferencia, sus compañeros eran los santos. Le gustaba "jugar" especialmente con Santa Inés, la mártir que dio su vida con unos cuantos años más que Imelda. A menudo leía sobre ella en los libros ilustrados de la biblioteca. Un día, Inés vino a ella en una visión. Imelda estaba más que encantada. Privada de participar en las devociones de los adultos, había encontrado a una contemporánea que podía contarle de las cosas que más quería saber. Después de esto, Inés venía con frecuencia y ambas hablaban de cosas celestiales.

Su primera Navidad en el convento sólo le trajo dolor a Imelda. Ella tenía la esperanza de que las hermanas le permitieran comulgar con ellas. Pero el gran día llegó y todas comulgaron, menos ella. Imelda se quedó en su lugar, mirando a través de sus lágrimas la figura del Niño Jesús en el pesebre. Así, comenzó a orar con más fervor aun, pidiéndole a El que pudiera recibir pronto la Comunión.

Su oración fue respondida cuando llegó la primavera y se preparaba la Fiesta de la Ascensión. Nadie prestó mucha atención a la pequeña cuando se arrodilló a orar, mientras las hermanas se preparaban para la Misa. Aun cuando pidió permanecer en la capilla durante la vigilia de la fiesta, nadie comentó nada. Después de todo, era una niña muy devota. Las hermanas no sabían con cuánta insistencia había estado ella tocando a las puertas del cielo, rezando para sí misma, como medio para aprenderla, la oración para después de la Comunión.

Llegó el gran día, Imelda había estado orando intensamente por el privilegio de recibir la Comunión. Y a causa de su persistencia, las hermanas consultaron al capellán. Él se rehusó tajantemente; Imelda tendría que esperar a ser mayor. Ella regresó a su lugar en la capilla, sin dar signos de que tenía la intención de tomar el cielo por asalto y sólo se quedó viendo a las hermanas que se dirigían a recibir a Jesús.

Después de la Misa, Imelda permaneció en su lugar en el coro. La sacristana estaba ocupada apagando las velas y guardando las vestimentas. Pero un sonido la hizo volverse y miró hacia el coro. Entonces vio una intensa luz que brillaba sobre la cabeza de Imelda, pero no sólo eso... una Hostia suspendi-

da en medio de esa luz. La sacristana corrió a alcanzar al capellán.

Éste no tuvo otra opción—Dios había manifestado que quería ser recibido por Imelda. Reverentemente, el capellán tomó la Hostia y se la administró a la niña, quien parecía una estatua brillante, sin darse cuenta de las monjas que llenaban la capilla ni de la gente que pretendía entrar a empujones para ver qué estaba pasando.

Después de un rato de acción de gracias, la madre priora fue a llamar a la pequeña novicia para el desayuno. La encontró todavía arrodillada. Su rostro tenía una sonrisa, pero ella estaba muerta.

La historia de Imelda está firmemente arraigada en el corazón de los corazones dominicos. Lamentablemente, los registros de este grandioso suceso desaparecieron junto con el convento hace siglos.

Varios milagros han sido concedidos por intercesión de Imelda y su causa de canonización lleva muchos años en proceso. Con toda seguridad llegará el día en que esta pequeña y adorable patrona de los que hacen la Primera Comuni3n ingresará en el calendario de los santos.

## ¿Y tú, cómo recibes a Jesús

Cuando asistimos a la Santa Misa, hay una preparaci3n que muchas veces dejamos de lado. Vamos a recibir al Rey de reyes, al Se1or de se1ores y eso no es un asunto menor. Adem1s de cumplir con los preceptos que manda la Iglesia (ayuno, estar en gracia etc.) necesitamos revestir nuestro coraz3n.

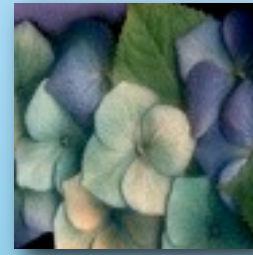
La mejor forma de hacerlo consiste en llegar al menos 15 o 20 minutos antes de la Misa. Y si es m1s, digamos media hora, mejor. Arrodillémonos frente al Sagrario y oremos. Podemos rezar el Rosario, porque es como una herramienta que afloja la tierra endurecida en nuestro coraz3n. Aflojando la tierra, la preparamos para recibir primeramente la semilla de la Palabra de Dios.

Durante las lecturas y especialmente el Evangelio, debemos estar muy atentos. Dios siempre tiene algo que decirnos a cada uno.

Ya dijimos que debemos estar en gracia para recibir a Jesús y con todo, nuestro coraz3n nunca estar1 lo suficientemente adornado para ello. ¿Qué hacer? Muy f1cil, pedir prestado lo que nos falta. Si el presidente viniera a cenar nuestra casa y no tuviéramos una vajilla bonita, seguro que la pediríamos prestada a una tía o un amigo. Pues bien, pidamos prestadas las gracias que necesitamos: humildad, amor, pureza, deseos de servir a Dios.

¿Y a qui3n se las pedimos prestadas? En primer lugar, a María. ¿Qui3n mejor que Ella para prestarnos todo lo que nos falta para recibir dignamente a su Hijo Jesús? María tiene todas las gracias y las tiene en abundancia. Es m1s, pidámosle de una vez que nos preste su Coraz3n para recibir a Jesús.

Pero no seamos tímidos, necesitamos todavía m1s. Vayamos ahora con San José, él nos puede prestar su santo temor, su gran amor por el Hijo de Dios. Y como el padre virginal de Jesús está de barata, que nos preste de una vez el abrazo cari1ioso con el que acogió a Jesús la primera vez que lo tuvo en sus brazos después de que nació.



*Arrastrándome al abismo del pecado apelo al insondable abismo de tu compasi3n: levántame de la corrupci3n, ¡oh! Dios.*

*Dulcísimo Jesús, sálvame.*

*¡Oh! muy misericordioso Cristo, mi Jesús, acéptame, que confieso mis pecados, ¡oh! Señor, sálvame y arrebatame de la corrupci3n, ¡oh! Jesús.*

*Dulcísimo Jesús, sálvame.*

*¡Oh! mi Jesús, nadie ha sido tan pecador como yo, ni apasionado como soy, ¡oh! Jesús; pero Tú, ¡oh! Jesús, que amas a la humanidad, sálvame.*

*Gloria al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo: ¡Oh! mi Jesús, con mis pasiones he sobrepasado al hijo pródigo y a la pecadora, a Manasés y al publicano, ¡oh! mi Jesús, al ladr3n y a los ninivitas, ¡oh! Jesús.*

*Ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.*

*¡Oh! Tú que diste a luz a mi Jesucristo, ¡oh! única Inmaculada y Pura Virgen, corrompido como soy, límpiame ahora con el hisopo de tus oraciones.*

*(Del Canon a Jesucristo)*

¿Vamos mejorando, verdad? A que Jesús no se resiste a venir a la casa de nuestro coraz3n con tantos adornos que le vamos a ofrecer...

Pero todavía nos falta invitar a alguien más, para que nos acompañe a la hora de comulgar y se trata de nuestro Ángel Custodio. ¿Qui3n mejor que él para enseñarnos a adorar al Señor? Si queremos –y ojalá así sea– podemos invitar a otros amigos: a nuestro Santo Patrono, a San Miguel, San Gabriel y San Rafael y, ¿por qué no?, de una vez: a todos los Santos y los Ángeles del Cielo.

No es tan difícil, es cuesti3n de práctica. Una cosa es cierta, si te decides a prepararte mejor para recibir al Señor, a hacerlo en uni3n con el Cielo a través de la Virgen María, de San José y de los Ángeles y los Santos, puedes tener la certeza que la experiencia de recibir a Jesús en la Comuni3n será para ti un evento realmente extraordinario, como debe serlo también.

Una última cosa, después de recibir a Jesús en la Comuni3n, no te vayas tan pronto termine la Misa. Quédate un buen rato con Él en tu coraz3n. ¿A qué hora va a sanarte el Señor, si no le das tiempo para actuar en ti? ¿Y qué sentirías tú, si alguien te invitara a su casa, te dejara pasar, te hiciera tomar asiento y desapareciera así nomas? Adóralo, ámallo, dale las gracias por venir a ti, cuéntale tus penas, encomiéndale tus asuntos, pide por otros... En fin, muere también tú de felicidad cada vez que recibas al Rey de reyes, al Señor de Señores en la casa de tu coraz3n.